



## *El refranero y nuestro país*

Decía mi admirado Groucho Marx que **la política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados**. Más allá de la ironía, parece una explicación plausible de los resultados de las decisiones de nuestros gobernantes. En la mayoría de los países que forman el arco mediterráneo, nos maravillamos del funcionamiento de ciertas democracias del norte de Europa. Esa admiración se fundamenta en la asunción de responsabilidades de los cargos públicos cuando se detectan conductas inapropiadas y, en general, en la confianza y honestidad que se aprecia en sus instituciones. Pero también deberíamos maravillarnos de la capacidad de sus ciudadanos para cumplir voluntariamente con sus obligaciones fiscales y sociales en general, y es que una cosa va en consonancia con la otra. Dice un refrán que **Cada uno es artífice de su ventura**, y para desgracia nuestra, los altos índices de corrupción política dan indicios del bajo nivel de honestidad social. En ese sentido también dice otro: **A tal patrón, tales marineros**.

Con frecuencia se escucha que “somos como somos” porque forma parte de nuestra idiosincrasia latina, y con eso parece querer decirse que debemos aceptarlo. El oscarizado Robert Bolt nos previene sobre las creencias: **Una creencia no es simplemente una idea que la mente posee, es una idea que posee a la mente**. Francisco Cambó, político y estadista español que vivió a caballo entre los siglos XIX y XX, respecto de actitudes que no conducen a nada decía: **Hay dos maneras de llegar al desastre: una, pedir lo imposible; otra, retrasar lo inevitable**.

Echando la mirada atrás, cuando en España se vivía en una abundancia que parecía inagotable, uno recuerda cierta aceptación ciudadana de algunos secretos a voces: sobornos de promotores por concesiones de obras públicas, subvenciones poco justificadas, viajes y comidas a cuerpo de rey, etc. Parecemos funcionar con unos parámetros que se basan en lo que creemos que más nos conviene y una cierta

relajación respecto de las conductas poco honestas. Si no, no se entiende que partidos políticos con más o menos casos de corrupción sin aclarar, ni aparente voluntad de resolverlos, sigan obteniendo un gran apoyo en las encuestas. En el Quijote, Cervantes ya nos dejó aquella frase que nos desvela este tipo de actitudes: **Ande yo caliente, ríase la gente.**

Hay algunas cuestiones que no parecen calar en la sociedad y que se repiten en el tiempo sin consecuencias. Por ejemplo el incumplimiento de los programas con los que se concurren a las elecciones. ¿Asistimos a un fraude electoral legal? Ya dice otro refrán: **Cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir.** O como nos dejó escrito Homero: **Odioso para mí, como las puertas del Hades, es el hombre que oculta en su seno una cosa y dice otra.** Una explicación a este hecho, se refiere a una cierta resignada aceptación ante lo necesario pero impopular. ¿Estamos ante una actitud excesivamente paternalista, o ante un mal menor para salir cuanto antes de una crisis devastadora? ¿Es preferible que toquemos fondo con nuestros propios errores o que unos visionarios nos saquen del hoyo a pesar nuestro? Creo que habría argumentos para defender una u otra posición, pero entonces me surgen más dudas ante el más que evidente desastre nacional de la corrupción: ¿Está legitimado para exigir sacrificios y resignación quien tiene a verdaderos delincuentes en el seno de su organización? En éstas, aparentemente, coexisten individuos ambiciosos y arribistas con personas honestas y con deseos de aportar algo a la sociedad. Para desgracia de todos, sospecho que los primeros tienen mejores estrategias para progresar y menos escrúpulos a la hora de aplicar el “todo vale” para satisfacer sus ambiciones, aunque la mayoría saben disimular su verdadero rostro. Y es que ya, una vez más, lo dice el refrán: **El buen traje encubre el mal linaje.** Mi triste impresión es que en la política medra “lo peor de cada casa” y que una persona

honestas acaba hastiada ante ciertas actitudes o, metafóricamente, “apuñalada por la espalda” por sus propios compañeros; ya se sabe que en esos lugares los peores enemigos están en casa y, en apariencia, muchos parecen conducirse por el viejo aforismo que dice: **No es suficiente con que yo triunfe, necesito que los demás fracasen.** Volviendo a la agudísima ironía de Groucho Marx, parece que les viene al pelo su sentencia: **El secreto de la vida es la honestidad y el juego limpio. Si puedes simular eso, lo has conseguido.** Lo que actualmente sufrimos en algunos países con gobiernos formalmente democráticos, se asemeja cada vez más a una “cleptocracia” donde unos individuos, aprovechando la legitimidad que les conceden las urnas, ocultan su principal objetivo: enriquecerse esquilmando los recursos públicos.

Me pregunto si somos realmente libres para escoger a los mejores gobernantes ¿Escogemos a personas que nos representarán y que se supone que velan por el bien común? El sistema que rige en España, con listas cerradas y reparto de cargos entre los que están bien posicionados en el momento adecuado, me hace dudar de que los electores estemos realmente bien representados. Cuando observamos que determinados cargos de responsabilidad son ocupados por personas cuyo único mérito es estar en el aparato de un determinado partido, sin formación laboral ni universitaria, ni de cualquier otro tipo, adecuada al puesto que va a dirigir, pienso que está fallando todo el sistema: desde la estructura de partidos hasta los electores, quienes no sabemos educar a nuestros dirigentes sancionando, con nuestro voto democrático, cierto tipo de actitudes pues sistemáticamente se están produciendo casos sangrantes de corrupción entre los partidos mayoritarios con decisiones nefastas en las que se intenta ocultar el hecho, se protege al delincuente hasta lo más vergonzoso, se intenta diluir la responsabilidad propia apelando a los atropellos,

desmanes y escándalos del rival y, con todo, las encuestas continúan mostrando un apoyo incomprensible hacia esas organizaciones. Deberíamos aprender de este proverbio árabe: **La primera vez que me engañes, será culpa tuya; la segunda vez, la culpa será mía.** Y Albert Einstein nos advirtió sobre el peligro de no hacer nada con esta frase: **El mundo no está en peligro por las malas personas sino por aquellas que permiten la maldad.**

En las sociedades poco formadas, los individuos populistas tienen una gran ventaja, que se basa en su aparente carisma. ¿Estamos condenados a dejarnos gobernar por actores? Maquiavelo, en su tratado de doctrina política “El príncipe”, ya escribió sentencias que siguen vigentes en la actualidad: **El gobierno para la generalidad pertenece al reino de las apariencias, porque todos ven lo que aparentas, pero pocos palpan lo que eres.** Oscar Wilde también lo puso de manifiesto con su ingeniosa frase: **La tierra es un gran teatro, pero tiene un reparto deplorable.**

En este contexto, alguien podría tener la tentación de pensar que sería mejor vivir en la ignorancia. Dicho con cierto cinismo, que nuestros dirigentes son tan poco considerados que ni siquiera nos permiten el beneficio de vivir engañados. No nos permiten ser felices en la creencia de que ellos son honestos y hacen lo que pueden. No iría desencaminado en el sentido en el que las personas vivimos y sentimos sobre la base de aquello que creemos, por encima de la realidad: **Lo que en realidad creemos es lo que rige sobre nuestra mente sea o no real esa creencia.** Por ese motivo puede parecer más sano para la psique de una sociedad creer en sus políticos e ignorar sus desmanes. Sin embargo afirmo que es absolutamente falso: debemos conocer y buscar la verdad por mucho que nos duela, pues es nuestra única oportunidad para intentar cambiar las cosas. Confucio ya nos previno contra la

ignorancia: **La ignorancia es la noche de la mente: pero una noche sin luna y sin estrellas.** Los corruptos deben saber que lo sabemos, y es necesario que lleguen a creer que eso tendrá un coste en términos electorales y judiciales.

Creo firmemente en la democracia como sistema de gobierno, y si algo bueno se puede obtener de una crisis devastadora como la que estamos sufriendo, es que tenemos la oportunidad de aprender de nuestros errores. Churchill lo expresó muy bien: **El éxito es aprender a ir de fracaso en fracaso sin desesperarse.** La crisis nos ha abierto los ojos respecto de lo grave que es no dar importancia a pequeñas y grandes corruptelas políticas, por creer que no nos afectan directamente o por aceptarlas y utilizarlas como coartada para justificar nuestros propios pequeños o grandes fraudes.

Dicen que **caminando hacia atrás también se alcanza el futuro.** Quedarnos anclados en la permanente queja de lo que ocurre sin actuar, no conduce a nada más allá de quedarnos anclados en nuestros errores y defectos. William Shakespeare así lo expresó en su obra “Julio César”: **Dueños de sus destinos son los hombres. La culpa, querido Bruto, no está en las estrellas, sino en nuestros vicios.**

La primera cuestión que debemos tener presente es que esos políticos de los que tanto nos quejamos están y siguen ahí con nuestra connivencia; que son el reflejo de la sociedad en la que vivimos; que en función de que la sociedad se eduque en la honestidad, y comprenda las repercusiones de una vida sin valores éticos, mejorará su representación política. Parece, pues, pertinente confiar en la enseñanza de este último refrán: **El pasado se borró, el presente vívelo, y el futuro piénsalo”**